

La dimensión histórica en el estudio de las Relaciones Internacionales: la evolución de los sistemas internacionales en la historia

David J. Sarquís*

Por supuesto que es deseable que los estudiantes universitarios sean expuestos a las ideas, métodos y hallazgos más novedosos, pero es igualmente deseable que aprendan un poco más acerca de los orígenes intelectuales y de los momentos críticos en el desarrollo de su propio campo disciplinario.

Resumen

El artículo sugiere la conveniencia de trascender el "presentismo" característico de los estudios internacionales contemporáneos, para ir en busca de la dimensión histórica de largo plazo en la conformación de sistemas internacionales y así tener una mejor comprensión de la dinámica que mueve la interacción entre comunidades políticamente independientes a lo largo del tiempo, cubriendo además un amplio espectro geográfico, para así romper con la tradición monocromática y unilineal que pretende reducir el análisis de lo internacional exclusivamente a la experiencia europea de los últimos cuatro siglos. El esfuerzo no es del todo nuevo: ha sido ya sugerido y trabajado por la Escuela Inglesa de las Relaciones Internacionales desde hace poco más de una década, con frutos que, según el autor, vale la pena explorar para constatar que los sistemas internacionales (en el sentido más amplio del término) son concomitantes a la propia experiencia civilizadora de nuestra especie. Junto con las civilizaciones, los sistemas internacionales se gestan e inician el desarrollo de un ciclo vital, que no siempre se cumple en su integridad, dando paso a la gestación de nuevos ciclos históricos. En

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Relaciones Internacionales por la UNAM y maestro en Ciencias Metodológicas por el Instituto Politécnico Nacional. Actualmente es profesor del Departamento de Estudios Sociales y Relaciones Internacionales del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), campus Estado de México.

opinión del autor, el análisis de esas antiguas trayectorias puede dejar valiosas enseñanzas para los internacionalistas del mundo contemporáneo.

Abstract

The article suggests the convenience to come out the characteristic "*presentism*" of the contemporary international studies to search the historical dimension in a long term within the conformation of international systems, in order to better understand the dynamic that moves, through time, the interaction between international communities politically independent. By covering, besides, an extensive geographical spectrum to break down the monochromatic and monolineal tradition to reduce the analysis of the international knowledge just to the last four centuries of European experience. Such effort is not new at all, it has been suggested that to study more than a decade with interesting results by the English International Relations school. According to the author is worth exploring, in an extensive way, that international systems are concomitants to our own civilized experience. By joining the civilizations, international systems conceive and develop a necessary and historical cycle that not always take place by giving birth to new historical cycles. In his opinion, the examination of those old trajectories may give worthy teaching to the contemporary worldwide internationalists.

Introducción

El estudio atento y ordenado de las relaciones internacionales se ha convertido en una exigencia del mundo contemporáneo al inicio del tercer milenio de la Era Cristiana. La dinámica de interacción entre los sujetos de la realidad internacional se ha vuelto tan visiblemente activa e intensa y tan determinante de la vida de cada uno de ellos, que no puede ser ignorada.

A partir del deshielo bipolar que marcó el fin de la Guerra Fría, la cual caracterizó al mundo durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX, la influencia de los factores exógenos en la dinámica de las sociedades nacionales se ha vuelto tan grande y tan marcada, que decididamente exige de algún tipo de explicación, para así permitir no sólo un mejor entendimiento de los hechos que conforman la realidad social en su dimensión internacional, sino además la orientación concreta de los responsables del diseño y la toma de decisiones en el ámbito de la política externa de los actores internacionales en sus múltiples facetas.

El fenómeno de la globalización afecta hoy en día, de una u otra manera, hasta a los pobladores de los rincones más recónditos de nuestro planeta, y en este sentido representa claramente un reto para el conocimiento; sus efectos, no siempre benéficos para todos, se esparcen de manera inevitable por todas las estructuras sociales sin haber llegado a ser comprendidos a cabalidad, incluso por los que han resultado beneficiados con ella. Las reacciones populares no

se han hecho esperar: la globalifilia y la globalifobia están a la orden del día, y la tensión social crece por todo el mundo manifestándose de manera crecientemente violenta; la llamada agenda internacional, que consigna temas como la difusión de democracia por el mundo, el narcotráfico, el agotamiento de recursos naturales, los movimientos migratorios, la deuda externa, la situación de las minorías, los enfrentamientos culturales, el terrorismo, el deterioro ambiental, entre muchos otros, cobra, cada vez más, un carácter dimensional que necesariamente involucra a todos los actores del escenario internacional.

En este sentido, la realidad internacional, con toda su complejidad, se ha convertido en los últimos años en un objeto de estudio cada vez más apetecible. Por tal motivo, la creciente necesidad del estudio minucioso de la realidad internacional desde el ámbito académico resulta claramente comprensible. A raíz de los vertiginosos cambios ocurridos en el escenario internacional con el fin de la Guerra Fría, muchos de los conceptos operativos e incluso de los marcos teórico-metodológicos empleados para el análisis del periodo inmediato anterior muestran, en las condiciones actuales, claras señales de obsolescencia, y por lo tanto requieren, por lo menos, de una detenida revisión y actualización para así evitar un vacío epistemológico creador de tanta confusión.

Ahora bien, aún cuando tradicionalmente muchos especialistas han logrado visualizar y establecer la vinculación causal que existe entre un periodo y otro en el devenir de la historia universal, imaginando de esta manera un continuo histórico-social de largo alcance, muchos otros estiman que cada *situación nueva que se presenta en los escenarios internacionales requiere siempre de un aparato conceptual y un desarrollo teórico renovado del todo*, lo cual hace en la práctica inútil la experiencia cognoscitiva acumulada al paso del tiempo. De este modo queda planteado el problema recurrente de la relación que guarda la Historia con el resto de las ciencias, en particular las sociales, en términos del tipo de conocimiento que éstas pueden producir y su asociación a la clase de leyes que rigen el pensamiento científico.

Tanto por su naturaleza como por su magnitud, el fenómeno de la globalización tiende a ser considerado como algo en esencia actual, sin parangón en la historia, de donde su estudio suele tener hoy en día una perspectiva predominantemente coyuntural o "presentista", tendencia que de alguna manera ha imperado en los estudios internacionales desde una etapa muy temprana en el desarrollo de nuestra disciplina.

La noción del presentismo ha sido intuitiva de manera clara por Buzan y Little, y presentada en los siguientes términos:

la disciplina de las Relaciones Internacionales se ha centrado principalmente en temas de historia contemporánea y de interés político inmediato. La naturaleza rápidamente cambiante de su objeto de estudio y la demanda presionante de experiencia en temas de actualidad alientan una perspectiva de análisis hacia delante mucho más que una de retrospectión. En consecuencia, pocos especialistas en la disciplina tienen un amplio conocimiento histórico y menos aún se interesan por adquirirlo.¹

Esta tendencia presentista se refleja en realidad, como ya he sugerido, en el desarrollo general de la teoría de las Relaciones Internacionales casi desde sus inicios, durante el periodo de la primera posguerra mundial. Contrario a la tradición que señala que todo fenómeno social es un fenómeno eminentemente histórico, la mayor parte de los internacionalistas contemporáneos han pretendido cerrar los ojos a la historia o, por lo menos, limitar su mirada hacia el pasado, lo cual resulta en cierta medida comprensible cuando pensamos en lo apremiante que suelen ser las situaciones de coyuntura, las cuales exigen por lo regular procesos de toma de decisión muy rápidos; en este sentido, es claro que la moda impone. Es quizá por ello que muchos de los observadores actuales de hecho parecen creer que, en efecto, la “globalización” empezó con el desarrollo de los mercados financieros internacionales, bajo la perspectiva del capitalismo estadounidense, y que se aceleró de forma manifiesta luego de la debacle del mundo socialista y con la aparición de *Internet*.

Esta actitud de los internacionalistas contra la historia, que en términos generales permea el desarrollo teórico de la disciplina, puede ser explicada con facilidad desde varios puntos de vista. En primer término, como ya apuntaron Buzan y Little, es una reacción ante la necesidad apremiante de responder a los retos inmediatos que implica el desempeño general de los actores en el escenario internacional. También puede ser explicada en términos de la necesidad que se siente en la disciplina por adquirir una identidad propia, liberada de cualquier tutelaje procedente de otras matrices disciplinarias. Pero quizá uno de los ángulos de explicación más importantes desde el punto de vista epistemológico sea el que la considera como una reacción contra el historicismo empeñado en encontrar leyes generales y absolutas del desarrollo histórico. En este sentido, el presentismo imperante en el estudio de las Relaciones Internacionales bien podría justificarse siguiendo al pensamiento popperiano cuando señala que:

¹ Barry Buzan y Richard Little, *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 2000, p. 18.

Se puede aprender mucho del pasado, pero nada nos autoriza a proyectarlo al futuro como una forma de anticipar los hechos (...) No tenemos necesidad de ningún significado de la historia. Podemos admirar la historia, porque hay mucho que admirar en ella, muchas personas maravillosas. También podemos aprender de la historia lo que hay que temer, y entre las cosas a temer está lo que yo llamo el significado de la historia.²

La visión de Popper y, por añadidura, la reacción de los internacionalistas contra la historia, en efecto, puede ser justificada cuando se argumenta en contra de una visión determinista de ésta, pero no necesariamente cuando se buscan en ella elementos para comprender mejor la trayectoria evolutiva que nos trae al presente y hacer análisis comparativos a través de la especificidad de cada momento histórico, sin que ello implique la búsqueda de leyes formales y absolutas ni analogías simplistas sobre el desarrollo de la historia. En este sentido, compartimos el punto de vista de Hodgson, para quien:

La historia es importante porque todo organismo complejo, todo ser humano y toda sociedad lleva consigo el bagaje de su pasado. La evolución construye sobre experiencias pasadas de supervivencia, las cuales se proyectan en acciones del presente (...) Si la historia es importante, por lo menos en el sentido de interpretar al desarrollo social como una ruta dependiente, entonces nuestro análisis debe explorar las particularidades del pasado. Aún cuando sólo retengamos principios generales o guías, se requiere del análisis detallado de los eventos pasados, sus estructuras y sus circunstancias.³

La visión de este autor nos parece relevante porque combate de frente la actitud ahistórica que caracteriza a muchos de los enfoques teóricos de las Relaciones Internacionales; una actitud como la del Realismo político tradicional, que pretende el desarrollo de conceptos y visiones de aplicación *universal, independientes del contexto histórico específico* en el que se generan, lo cual propicia un reduccionismo simplista que, en efecto, conduce, por ejemplo, a tratar de interpretar la complejidad de la experiencia humana en su conjunto como una constante y perpetua lucha de poder. Desde este punto de vista, bien puede decirse que conciliar el enfoque de la singularidad del hecho

² Karl Popper, *La lección de este siglo (entrevistas con Giancarlo Bosetti)*, Océano, México, 1992, pp. 62-64.

³ Geoffrey M. Hodgson, *How Economics Forgot History: The Problem of Historical Specificity in the Social Sciences*, Routledge, Londres, 2001, p. 3.

⁴ Raymond Aron, "¿Qué es una teoría de las Relaciones Internacionales?" en *Revista de Humanidades*, núm. 4, ITESM, México, 1998, p. 148.

histórico con la búsqueda de la regularidad sociológica de la cual emana, constituye el principal problema del estudio de la historia desde las Ciencias Sociales, en general, y de las Relaciones Internacionales, en particular, tal y como sugirió Raymond Aron hace más tres décadas.⁴

Tal objetivo no es fácil de alcanzar. Suele ocurrir que el especialista se pierde en el detalle de la singularidad del hecho concreto que está investigando en un momento específico, el cual pretende "congelar en el tiempo" e ignora por completo la experiencia histórica como patrón referencial, o bien bajo el influjo y la fascinación de la Historia como archivo general de la experiencia humana, lo trata de reducir a expresión particular de una ley general y absoluta, para la cual simplemente no cuenta el contexto espacio-temporal específico en el que se da el hecho analizado, propiciando el tipo de enfoque ahistórico al que nos hemos referido. Como señalan Buzan y Little:

el ahistoricismo no implica que el pasado carezca de importancia para los científicos sociales; más bien sugiere que, al considerarlo, ellos deberían ponerse a buscar leyes generales aplicables tanto al pasado como al presente. Un objetivo de esta naturaleza es dictado por el deseo de emular a las leyes invariables de las ciencias naturales que mantienen vigencia en el tiempo y el espacio. Los científicos sociales de predisposición positivista, ansiosos de emular a las ciencias naturales, también buscan identificar leyes que sean inmunes a las variaciones históricas.⁵

Parte del problema consiste, desde luego, en suponer que estos enfoques son mutuamente excluyentes, cuando en realidad pueden ser complementarios o, peor aún, en pensar que constituyen las únicas opciones en el menú, ignorando que se puede de hecho tratar de explicar la singularidad histórica en el contexto de la regularidad sociológica sin atribuir a ésta un carácter de ley universal absoluta. Para orientarnos en la dirección sugerida por Aron es necesario, por supuesto, revisar el carácter de la relación que vincula a las Relaciones Internacionales con la Historia como experiencias disciplinarias en el intento por desentrañar la complejidad de la trama social en la experiencia evolutiva de la humanidad.

Las Relaciones Internacionales y la Historia

La relación de los internacionalistas con la Historia siempre ha tenido tintes de polémica, quizá como efecto natural de las zonas de traslape en las que se

⁵ Barry Buzan y Richard Little, *op. cit.*, p. 19.

entrecruzan los objetos de estudio propios de cada disciplina, ocasionando un cierto nivel de confusión común entre los especialistas de ambas. Después de todo, en el origen disciplinario de las Relaciones Internacionales, una de las principales matrices disciplinarias en las que se buscó tutelaje fue justo la Historia, en la muy documentada rama de la Historia Diplomática.

Desde una perspectiva positivista que pretende crear departamentos estancos, separados entre sí de manera nítida para delimitar campos de acción disciplinarios, tanto la Historia como las Relaciones Internacionales han tenido problemas para justificar su propia existencia como Ciencias Sociales, ya que en la distribución clásica de objetos de estudio ambas fueron ignoradas en un inicio.

En un momento dado, siguiendo el patrón establecido por el pensamiento científico, el conjunto de la realidad social fue subdividido en principio para facilitar su estudio, en segmentos diferenciados según el tipo de procesos dominantes en ellos: el productivo, el de los procesos de organización del mando y el de las relaciones sociales de carácter más general; así vieron la luz las primeras Ciencias Sociales del mundo moderno: la Economía, la Ciencia Política y, por último, la Sociología, matrices de las cuales derivaron después muchas otras disciplinas auxiliares que fueron desarrollando su propia autonomía.

Ni la Historia ni las Relaciones Internacionales quedaron contempladas en ese esquema original. La primera, en virtud del debate tradicional que cuestionaba su carácter de ciencia según el modelo tradicional de la ciencia moderna; la segunda, en virtud de las dificultades inherentes a la identificación de un objeto de estudio propio diferenciado de manera clara de los ya existentes. Eventualmente ambas, por estar fuera del esquema tradicional de las Ciencias Sociales, llegaron incluso a compartir las dificultades que las habían dejado fuera del mismo, lo cual ha dado por resultado una interesante vinculación entre ellas.

En este sentido, resulta significativo observar que en ambos casos se utiliza el mismo concepto para designar tanto al objeto de estudio como a la disciplina que lo aborda; es decir, que la Historia como disciplina estudia a la historia como experiencia práctica, y lo mismo ocurre en el caso de las Relaciones Internacionales. Los hombres son, entonces, a la vez sujeto y objeto del conocimiento disciplinario en ambos casos, lo cual representa una dificultad adicional para los estudiosos a la hora de distinguir entre el objeto material y el objeto formal que les ocupa.

Ahora bien, el haber quedado fuera del esquema tradicional bajo el cual se repartieron objetos de estudio en las Ciencias Sociales clásicas, no necesariamente tiene que ser considerado como una desventaja. Nuestra

opinión es que, desde su ubicación externa al esquema tradicional de las Ciencias Sociales, tanto la Historia como las Relaciones Internacionales pueden tener una visión diferenciada de la realidad social en su conjunto, es decir, contemplada como totalidad. Las otras Ciencias Sociales tienen una perspectiva predominantemente horizontal y endógena, es decir, ven y estudian la realidad social desde la perspectiva de un solo plano al interior de algún grupo social específico y, por lo tanto, su enfoque es en esencia fragmentario y parcial.

La Historia y las Relaciones Internacionales cuentan con la opción adicional de adoptar un ángulo de observación externo e integral, es decir, reconocer una dimensión nueva de la realidad social, que sólo surge cuando entran en contacto entre sí distintas colectividades humanas políticamente autónomas, para explorarla tanto en su nivel de "momento concreto" como en el de su devenir temporal.

Este tipo de análisis no sustituye, por supuesto, a la labor que realizan las otras Ciencias Sociales en su perspectiva endógena y fragmentaria, más bien la complementa. De este tipo de enfoque surge una cercanía insospechada entre la Historia y las Relaciones Internacionales en términos de metodología e identificación de objetos de estudio, los cuales, sin llegar jamás a confundirse, sí muestran zonas de traslape mucho más amplias.

El surgimiento del fenómeno internacional como hecho histórico

Hasta la fecha, el problema de la ubicación temporal para el surgimiento de las Relaciones Internacionales como fenómeno práctico no ha quedado resuelto de manera satisfactoria. El significado del nombre mismo de la disciplina: relaciones entre naciones, parece sugerir a los especialistas del área que su objeto de estudio, es decir la interacción entre grupos nacionales, sólo puede tener un ámbito temporal limitado; la nación es, después de todo, un fenómeno histórico-social muy reciente y además, en términos geográficos, muy localizado en Europa Occidental, desde donde se ha ido exportando en forma progresiva hacia el resto del mundo.

La mayoría de los especialistas en Relaciones Internacionales, en consecuencia, se niega a reconocer la existencia de naciones propiamente dichas antes del advenimiento de la Edad Moderna (hacia mediados del siglo xv de la Era Cristiana), y al mismo tiempo sólo acepta hablar de una dimensión internacional de la realidad social en sentido estricto, cuando mucho, a partir del término de las guerras de religión en Europa, hacia mediados del siglo xvii, con la firma de la famosa Paz de Westfalia en 1648, lo cual haría de las relaciones internacionales un fenómeno original y sustancialmente europeo

occidental, mismo que ha dado a nuestra disciplina un carácter en esencia eurocéntrico.

Para otros, sin embargo, incluso esta fecha de aparente consenso general resulta por igual arbitraria. Teschke, por ejemplo, la denuncia como un mito. Según él, aún después del supuesto “parteaguas” que representó Westfalia en la historia de las relaciones internacionales, el contexto de las relaciones entre actores políticos del ámbito europeo occidental continuó caracterizado por la presencia de colectividades políticas monárquicas de corte absolutista, regidas en la formalidad por la hegemonía imperial, condicionadas por rivalidades dinásticas y sustentadas en regímenes de propiedad de tipo feudal.

Es evidente que al centrar su atención en las semejanzas históricas que vinculan a la segunda mitad del siglo XVII con su pasado inmediato, este autor parece perder de vista las diferencias que singularizan al periodo. No obstante, según sus propias palabras, en algún momento entre el siglo VIII y el siglo XVIII de nuestra era, lo “internacional” empieza a cobrar sentido en la medida en que las relaciones de clase, el régimen de propiedad de la tierra y el desarrollo económico van cambiando el perfil de las relaciones sociales para ir apuntando de manera progresiva en la dirección del surgimiento de la sociedad urbana-industrial.⁶

Aún cuando pudiera sostenerse que en sentido estricto esto es cierto, es claro que desde este punto de vista no sólo resulta que el periodo de transición es demasiado largo, sino que, además, el pasado anterior a esas fechas y en otras regiones del planeta resulta una gran laguna en la formación profesional de los internacionalistas contemporáneos.

Una laguna que dificulta la comprensión cabal de su propio objeto de estudio: el sistema internacional, el cual, desde una perspectiva más flexible, es decir, una perspectiva de mayor proyección espacio-temporal, bien puede remontarse, como pretendemos sugerir en el desarrollo de esta reflexión, hasta el principio mismo de los tiempos históricos, con la aparición de los primeros grupos humanos políticamente independientes relacionándose entre sí. Un enfoque de esta naturaleza nos permite alcanzar un mejor entendimiento acerca

⁶ Véase Benno Teschke, *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Verso Books, 2003.

⁷ En la perspectiva adoptada para el desarrollo de este trabajo, concebimos la idea de las relaciones internacionales en su sentido más amplio como el flujo de interacción entre colectividades humanas políticamente autónomas e independientes las unas de las otras, pero inscritas en un contexto geográfico que promueve su vinculación. En este sentido, vale la pena ver como ejemplo la obra de Luis de la Madrid Malpica, *La historia del derecho internacional comienza en Egipto*, Grijalbo, México, 1974.

de la forma en que se vinculan entre sí las colectividades humanas autónomas en términos políticos que dan sentido a la noción misma de relaciones internacionales en el sentido más laxo y, por lo tanto, permiten una visión histórica de mucho mayor alcance sobre el fenómeno internacional como tal.⁷

El planteamiento lo han hecho con toda claridad Cohen y Westbrook:

Desde su surgimiento como disciplina, por derecho propio, luego de la Primera Guerra Mundial, las Relaciones Internacionales han buscado, en efecto, lograr dos metas complementarias: un entendimiento teórico acerca de la naturaleza vinculante de las relaciones entre colectividades soberanas y una mejor comprensión de los asuntos internacionales contemporáneos. Muy a menudo, la preocupación en torno a los asuntos de actualidad (Naciones Unidas, la Guerra Fría, la integración regional, la globalización) han determinado la agenda teórica. Con algunas notables excepciones, esto ha significado que las generalizaciones sobre cuestiones internacionales se deriven de una base de datos muy limitada; en el mejor de los casos, de la experiencia acumulada de los siglos XIX y XX. Si consideramos que las colectividades soberanas se han vinculado entre sí mediante contactos internacionales que datan de por lo menos hace 4,500 años, puede apreciarse que los especialistas contemporáneos tienden a restringir su atención a sólo unos 200 de todos esos años; es decir, a un 4% de ese inmenso período.

Si bien pueden hallarse todo tipo de justificaciones para que el analista político o el especialista en asuntos internacionales contemporáneos se concentren en el presente y en el pasado reciente, no hay ninguna razón para que el teórico interesado en interpretar las fuerzas profundas que operan en el medio internacional ignore el 96% de la historia internacional.⁸

Siguiendo esta línea de pensamiento, hoy por hoy me parece imprescindible reflexionar en torno a la dimensión histórica de las Relaciones Internacionales, tanto en su calidad de objeto de estudio como en su condición de objeto formal, desde una perspectiva amplia, con el fin de enriquecer la visión profesional del internacionalista y facilitar el análisis actual de su objeto de estudio. En este sentido, considero viable sostener una visión flexible de la historia de las Relaciones Internacionales que nos permita buscar la génesis de los fenómenos internacionales en un sentido laxo en los albores mismos de la

⁷ Raymond Cohen, Raymond Westbrook (eds.), *Amarna Diplomacy: The Beginnings of International Relations*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2000, p. 4.

⁸ El orden es una de las propiedades sistémicas más importantes. Se refiere, en esencia, al arreglo interno que hace funcional al sistema y está constituido por los principios guía que mueven su dinámica. Véase David Sarquís, "El orden internacional como objeto en estudio de las relaciones internacionales" en Zidane Zeraoui (comp.), *Política internacional contemporánea*, Trillas, México, 2000, pp. 11-40.

historia de la humanidad, sin demérito de la postura rígida que sugiere considerar la especificidad de lo internacional a partir del surgimiento de las naciones como actores internacionales.

La realidad internacional contemporánea puede y debe ser considerada, desde algún punto de vista, como un fenómeno inédito en la historia universal ya que, en efecto, ningún fenómeno se repite tal cual en los escenarios históricos. En este sentido, la frontera trazada por el surgimiento del orden de Vésfalia tiene su razón de ser, ya que representa el advenimiento de un nuevo orden⁹ en el escenario internacional; no obstante, es claro que como hecho social, cada acontecimiento tiene una trayectoria evolutiva propia que resulta *conveniente conocer si se aspira a entender el presente con mayor claridad y planear el futuro con un mínimo de certidumbre* y, desde este punto de vista, el mismo momento de Vésfalia puede ser contemplado desde la perspectiva de una continuidad histórica y no sólo como una ruptura con su pasado inmediato.

En este sentido, la labor del internacionalista, como la de muchos otros especialistas de diversas disciplinas que pretenden optar por un enfoque científico, consiste en un ejercicio simultáneo de reconocimiento de las semejanzas y señalamiento de las diferencias que caracterizan a su objeto propio de estudio respecto a su entorno y en función de su movimiento espacio-temporal, bajo el entendido de que el resultado de cada uno de estos esfuerzos no excluye, sino complementa las aportaciones del otro.

De esta forma, me parece conveniente plantear una serie de inquietudes sobre las que vale la pena reflexionar con detenimiento para reconsiderar el vínculo que existe entre las Relaciones Internacionales y la Historia, y que parten de la siguiente interrogante: ¿por qué es importante el rescate de la experiencia histórica de largo alcance que conduce al desarrollo del fenómeno práctico de las relaciones internacionales contemporáneas y qué puede esperarse de un ejercicio de reconstrucción de esta naturaleza?

Mi punto de vista es que el rescate de la experiencia histórica que conduce al desarrollo del fenómeno práctico de las relaciones internacionales contemporáneas es importante, sobre todo para la configuración de una visión sistémica de la realidad internacional, una visión que asume como válido el carácter de totalidad que representan las relaciones internacionales como experiencia práctica y que nos permite hablar de manera consistente sobre un sistema internacional, el cual, por supuesto, tiene su propia historia, que se extiende ampliamente por el espacio-tiempo conocido por la conciencia humana y se desarrolla, se repliega o se reconstituye para dar, sobre la base de su continuidad sistémica, sentido a su propia singularidad histórica, que es en alguna forma distinta a la de los elementos particulares que lo configuran.

La carencia de conocimiento sobre la forma en que ha evolucionado este sistema dificulta su caracterización básica y su comprensión integral. Pero aun si no se opta por una posición teórico-metodológica afín al pensamiento sistémico, la carencia del conocimiento histórico impide incluso la posibilidad de aplicación del método histórico comparativo, a través del cual se contrastan las diversas etapas del desarrollo humano-social.

Por oposición, el conocimiento de la historia permite el contraste cuidadoso de la experiencia humana en diversos momentos, con el propósito de identificar las regularidades sociológicas que subyacen en la singularidad del hecho histórico, lo cual a su vez hace factible el desarrollo de un enfoque científico en el análisis social, que permite, desde uno de sus ángulos de observación, vislumbrar la experiencia humana en su conjunto como un continuo causalmente interconectado, desde sus más tempranas etapas hasta nuestros días.

En este sentido, es hipótesis central de esta reflexión que, en efecto, existe algo que puede ser denominado como sistema internacional, que tiene una evolución en el tiempo, la cual es susceptible de caracterización y que está compuesto por grupos humanos políticamente autónomos, cuya interacción genera un espacio o nivel de la realidad social que es distinto al espacio endógeno de cada uno de esos grupos por separado.

Este nivel o dimensión de la realidad recibe hoy en día el nombre de escenario internacional, y en él se desarrolla un sistema social *sui generis* que tiene una trayectoria evolutiva, la cual se puede rastrear hasta los orígenes mismos del proceso civilizador de la humanidad. Un rastreo de este tipo permite justamente el tipo de ejercicio al que se refiere Osiander cuando dice:

Para poder comparar periodos históricos necesitamos, en primer lugar una teoría de las relaciones "internacionales" (o cualquier otro nombre que se encuentre en su lugar) que sea algo más que una simple extensión de las nociones actuales sobre la interacción entre estados a cualquier periodo de la historia. Por otro lado, reintroducir la historia (al estudio de las relaciones internacionales) seguramente transformará a las teorías contemporáneas sobre relaciones internacionales.¹⁰

El estudio de las relaciones internacionales desde una perspectiva histórica de largo alcance

Para poder explicar la realidad internacional, el estudioso tiene que empezar por representársela de alguna manera y eso implica, entre otras cosas, darle

¹⁰ Andreas Osiander, *History and International Relations Theory* en Anja Hartmann y Beatrice Heuser (eds.), *War, Peace and World Orders in European History*, Routledge, London, 2001, p. 23.

una dimensión espacio-temporal. Habida cuenta de que el surgimiento de la disciplina de las Relaciones Internacionales se remonta al escenario internacional de la primera posguerra mundial, el ejercicio de representación inicial se hizo privilegiando a los actores internacionales primarios y las circunstancias predominantes de esa época, lo cual le dio un lugar especial al Estado nacional en el escenario internacional, de donde se derivó una visión marcadamente estatocéntrica, característica de las primeras fases de desarrollo de la disciplina.

Como además de eso los pioneros del campo tuvieron que luchar por diferenciarse de otras matrices disciplinarias, como el Derecho, la Historia o la Ciencia Política en busca de una identidad propia, el alcance original de su perfil disciplinario adquirió una dimensión histórica más bien restringida, mismo que —con honrosas excepciones— se ha mantenido a lo largo de casi un siglo.

En este sentido, muchos estudiosos de la realidad internacional actual han preferido ver al escenario internacional no como un sistema, sino más bien como un mosaico de momentos separables entre sí; no como una unidad orgánica, sino como una especie de entidad diseccionable cuyas partes tienen sentido por sí solas y con un límite temporal que raras veces excede la frontera de la Edad Moderna hacia mediados del siglo xv de la Era Cristiana. Esta visión, como he venido señalando, le ha dado al estudio de las Relaciones Internacionales un carácter eminentemente coyuntural o presentista que más bien tiende a subestimar las aportaciones de la Historia y, por lo tanto, a restringir la comprensión de la realidad internacional actual, en la medida en que pretende explicarla por sí misma, sin conexión directa con el resto de la experiencia humana.

Entre las excepciones notables a la tendencia predominante del presentismo se encuentra, por supuesto, la concepción histórico-materialista de las Relaciones Internacionales, la cual concibe al sistema internacional como una totalidad interconectada que se desarrolla como un continuo de relaciones sociales de conflicto, determinadas por la organización de los procesos productivos a través del tiempo. Sin embargo, su énfasis excesivo en el factor económico como condicionante de la realidad social y su perfil historicista, aunado al esquema propagandístico que se le dio durante el periodo de la Guerra Fría por parte de los ideólogos del bloque soviético, le ha hecho caer en un descrédito intelectual del que aún está por recuperarse.

¹¹ Fred Halliday, *Rethinking International Relations*, Macmillan, Hong Kong, 1994, p. 26. Para una evaluación en detalle de sus aportaciones, véase Timothy Dunne, *Inventing International Society: A History of the English School*, Palgrave-MacMillan, Nueva York, 1998.

Otro caso relevante es el de la llamada Escuela Inglesa de las Relaciones Internacionales, la cual, según Halliday, cuenta entre sus méritos principales:

una fuerte oposición a las modas del "presentismo"; una insistencia decidida en la permanencia de la restricción y la necesidad en el ámbito de lo internacional, un énfasis en la recurrencia de conceptos y valores en el estudio de las relaciones internacionales y finalmente, aunque no por ello menos importante, una sólida cimentación en la historia misma.¹¹

Si bien es cierto que cada momento histórico tiene su porción de novedad o de singularidad, me parece que el negarse a reflexionar sobre la trayectoria temporal de cualquier fenómeno social deja lagunas que con dificultad puede cubrir el análisis de coyuntura por sí solo. Mi punto de vista es que aún fenómenos tan novedosos en apariencia, como la globalización, tienen no sólo sus antecedentes históricos, sino incluso análogos comparables en el tiempo y en el espacio, los cuales deben ser tomados en cuenta para el logro de una comprensión cabal del acontecer mundial contemporáneo, manteniendo siempre, por supuesto, una actitud cuidadosa para evitar el reduccionismo simplista.

En el contexto del fin de la Guerra Fría y el tránsito hacia un nuevo orden internacional, muchos estudiosos de la realidad internacional han experimentado un vacío teórico-metodológico ocasionado por el deshielo polar. Viejas certidumbres parecen perder vigencia y nuevos retos demandan la actualización de los aparatos conceptuales analíticos de la realidad internacional. En estas condiciones, la búsqueda teórica ha tratado de ampliar los horizontes, tratando de construir nuevos esquemas explicativos:

Para algunos, esto ha significado un viraje hacia la Historia, en particular hacia esos enfoques de la Historia que buscan comprender los cambios sociales de gran escala. Por ejemplo Scholte (1993⁹) ha hecho un llamado hacia un cambio de énfasis en las relaciones internacionales, del estudio de la política del poder hacia el estudio de los factores de cambio social. Linklater (1990) ha delineado un proyecto histórico y sociológico que deberá ir más allá del "Realismo y del Marxismo". Booth (1996:335) ha argumentado que el estudio de la Historia macro-global puede conducir a un mejor entendimiento del significado del presente y de las perspectivas para el futuro. Puchala (1995) ha dado la bienvenida al interés renovado hacia lo que él llama la historia de las relaciones internacionales y Little (1994:9) ha señalado hacia "una importante convergencia de intereses en los últimos años, entre estudiantes de las relaciones internacionales y los del cambio histórico de largo alcance".¹²

¹² Stephen Hobden, *International Relations and Historical Sociology: Breaking Down Boundaries*, Routledge, Londres, 1998, p. 2.

En este sentido, la búsqueda del conocimiento histórico no es mera pérdida de tiempo ni curiosidad malsana, sino el medio más seguro para entender la naturaleza de la regularidad sociológica a lo largo del tiempo, claro está, sin caer en el exceso de la generalización simplista que se niega a reflexionar sobre la naturaleza del cambio en los escenarios histórico-sociales o que pretende reducirla a leyes absolutas e invariables.

Es justamente en el cruce de estas dos vertientes (la de la singularidad histórica con la de la regularidad sociológica), señalado en sus orígenes por Aron, que el analista de las Relaciones Internacionales puede llegar a tener una visión en verdad integral de su objeto de estudio, fincada en el análisis comparativo de las semejanzas y las diferencias que caracterizan a cada periodo de la historia. No se trata entonces de sacrificar una a expensas de la otra, sino de complementarlas para tener una visión cabal de la realidad. Singer avala esta posición cuando escribe:

Algunos podrán no estar de acuerdo, pero yo me suscribo a la propuesta según la cual, un campo de estudio sufre cuando hay poca conciencia de su pasado histórico. En algún punto entre la reverencia a Tucídides y Maquiavelo, por una parte y la referencia exclusiva a los temas candentes del momento que van surgiendo mientras estudiamos en la Universidad, por la otra, tendría que haber una atención prudente hacia algunos antecedentes históricos "relevantes".¹³

Con objeto de complementar el enfoque coyuntural que predomina en los estudios internacionales a la fecha, considero que tiene sentido el rescate de la dimensión histórica de la realidad internacional, proyectando la idea de sistema internacional hacia el pasado, tan lejos como lo permita la detección de colectividades humanas políticamente autónomas y culturalmente diferenciadas, con el propósito de abrir nuevos horizontes de investigación para internacionalistas y replantear el estudio de una historia en verdad universal en los planes de estudio para la carrera de Relaciones Internacionales.

Desde este punto de vista, se tendría que demostrar que tiene sentido estudiar no la historia universal tradicional de corte eurocéntrico como el registro documentado para la caracterización de pueblos o civilizaciones particulares, consideradas desde el punto de vista de su singularidad, sino en concreto la historia del sistema internacional como entidad diferenciada, es decir, como un todo que significa algo más que la mera suma mecánica de sus partes, lo que a su vez implica, en primer término, una reflexión de tipo epistemológico para demostrar que tal cosa, es decir, el sistema internacional,

¹³ David J. Singer, *The Etiology of Interstate War*, Nueva York, 2000, p. 3.

en verdad existe y que tiene una trayectoria evolutiva susceptible de ser estudiada.

El esfuerzo no es del todo nuevo; existen antecedentes muy importantes que ya intuyen el carácter sistémico de la historia universal y que se manifiesta en el proceso que va de la génesis al ocaso de las grandes civilizaciones; dentro de la tradición occidental, la monumental obra del historiador británico Arnold Toynbee apunta de manera clara en esta dirección. Por otra parte, cuando Quince Wright, pionero de la disciplina de las Relaciones Internacionales, reflexiona sobre el papel de Estados Unidos en el escenario internacional de la segunda posguerra mundial, emplea como referentes los conceptos de *pax romana* y *pax británica*.

Tenemos, además, el testimonio de White, quien nos refiere que:

en 1948, Crane Brinton, de la Universidad de Harvard, hizo un intento por comprender el proceso de integración política mundial en un sencillo texto titulado *De muchos, uno* (*From Many, One*). Él creía que este campo de estudio todavía estaba inadecuadamente desarrollado, e incluso, aunque introducía su propio intento como "elemental y quizá hasta un tanto ingenuo", él rastreaba las relaciones "internacionales" desde los linderos de los valles del Nilo y el Éufrates, pasando por los imperios romano y británico, sin considerar las experiencias de China y la India, o las de otras tierras, simplemente por "falta de competencia" para su análisis.¹⁴

Poco después de Brinton, Cotrell escribía en la misma dirección:

Nos aproximamos a una de las épocas más absorbentes, complejas y asombrosas de la historia humana. Hasta hoy ha sido posible estudiar el desarrollo de las civilizaciones de Egipto, Mesopotamia y Creta por separado y de manera independiente. No obstante, ahora caemos en cuenta que, durante la primera mitad del segundo milenio (entre el 2000 y el 1500 a. C.) estas civilizaciones empiezan a encontrarse unas con otras en los bordes. Al principio, estos contactos son como las delicadas e inquisitivas antenas de insectos mutuamente desconfiados; después se traban en combate y, en algunos casos sigue una lucha que, en ocasiones culmina con la aniquilación del adversario. Más aún, aparecen en el mismo horizonte otras culturas: los Micénicos de Grecia, los Hititas del Asia Menor, los Mitanni de la "gran curvatura" y el Éufrates y los Fenicios (o cananeos) que ya tenían tiempo establecidos en las costas montañosas del Mediterráneo oriental. Y de repente, deja de ser práctico, en una obra de este tipo, considerar a cada una de ellas de manera independiente.¹⁵

¹⁴ Donald White, *The American Century: The Rise and Decline of the United States as a World Power*, Yale University Press, Londres, 1996, p. 119.

¹⁵ Leonard Cotrell, *The Anvil of Civilization*, The New American Library, Nueva York, 1953, p. 103.

Debe subrayarse el hecho de que el desarrollo de una visión de esta naturaleza, la cual sólo puede hacerse desde una perspectiva internacional, no pretende sustituir el esfuerzo realizado hasta la fecha en el área de la construcción histórica de los actores unitarios de las relaciones internacionales, principalmente en lo que conocemos como historia nacional, pues es precisamente a partir de esa historia nacional que cada uno de estos actores adquiere y consolida la identidad propia que le permite su desempeño en el escenario internacional.

Es claro que aunque desde un principio los actores internacionales estén metidos en una dinámica internacional, misma que los influye y condiciona en su desempeño social, primero tienen que cobrar conciencia de su condición individual antes de intuir que también forman parte de un todo más complejo, como es el sistema internacional. Las vivencias, las lealtades, el estilo de vida, son algo que se define siempre de dentro hacia fuera en las colectividades humanas; los “otros” son, antes que otra cosa, la competencia natural, el enemigo potencial, por lo que la idea de formar un todo articulado con ellos siempre resulta un tanto extraña y difícil de asimilar. Desde este punto de vista, en términos de relaciones sociales, el mundo tiene sentido desde la perspectiva de la entidad estructural a la que pertenece el individuo que lo observa, por eso la cultura grupal es tan importante para definir la identidad de los actores internacionales. Es precisamente en función de ella que vocablos como “Mesopotamia”, “Egipto”, “Grecia”, “la India”, etc., adquieren significado. Me parece que a eso se refiere Sélzer cuando habla del caso de Roma y señala:

Si se reconstruye la vida de la entidad social llamada “antigua Roma”, es necesario recordar aquellos acontecimientos y estructuras que pertenecen a “Roma”, para así poder establecer un esquema de desarrollo de “Roma”. En tal caso, el mismo proceso social (Roma) se concibe como continuidad y la sucesión el desarrollo de los acontecimientos y estructuras, como estadios discontinuos de semejante continuidad. Estos últimos están sujetos también a valoraciones en cuanto periodos de progreso, edad de oro, decadencia, etc., y en cuanto sucesiones de estadios interpretados como una cadena de cambios que siguen una tendencia interna de desarrollo.¹⁶

Como puede apreciarse, el proceso de construcción de una identidad grupal es necesario para garantizar un buen desempeño del actor internacional

¹⁶ Agnes Heller, *Teoría de la Historia*, Fontamara, México, 2002, p. 187.

en el plano de su interacción con los “otros”. Pero justo porque se trata de un proceso de diferenciación implica un distanciamiento de esos “otros”, y en la consolidación de la identidad propia se diluye muchas veces la conciencia del carácter unitario de la humanidad en su conjunto. Eso hace en extremo difícil concebir siquiera la posibilidad de una historia conjunta, auténticamente universal como característica de un sistema internacional.

Nuestra propuesta de reconstrucción de esa historia universal del sistema internacional debe constituir un complemento al trabajo ya realizado desde la perspectiva endógena, para así facilitar la observación del conjunto, no en la búsqueda superflua de la erudición banal que nos trae a la mano el dato concreto, sino en la de la comprensión de esa dimensión *sui generis* de la realidad social que cobra forma cuando interaccionan los actores internacionales.

Es precisamente a partir de esta búsqueda que puede replantearse la relación entre las Relaciones Internacionales y la Historia como disciplinas sociales complementarias entre sí en el esfuerzo común por hacer inteligible la realidad internacional contemporánea.

Sistemas internacionales en la historia

En la perspectiva eurocéntrica tradicional, estamos acostumbrados a pensar en un desarrollo unilineal, acumulativo y progresista de la historia individual de los actores internacionales, incluso con algunos sesgos determinados por la supremacía occidental de la Edad Moderna, tal como la idea del movimiento del progreso de la civilización universal con dirección hacia el Oeste, la cual ha llegado a ser planteada como una ley científica de la evolución histórica.¹⁷

Es bajo una perspectiva occidentalizadora y fragmentaria de esa naturaleza que en la actualidad pensamos en un esquema de subdivisión de la Historia en edades: Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, a las cuales incluso asignamos modos de producción característicos: esclavismo, feudalismo, capitalismo, sin que, obviamente, el esquema pueda cubrir a la totalidad de los diversos grupos humanos que han poblado el planeta al paso del tiempo. Este enfoque, por lo tanto, resulta hoy día insuficiente para sustentar una visión histórica de mayor alcance, por su carácter parcial y prejuiciado que con dificultad puede imaginar siquiera la noción de un sistema internacional histórico.

¹⁷ Véase Donald White, *op. cit.*, p. 113.

¹⁸ Para un análisis a fondo del concepto de sistema en el ámbito de la ciencia, véase Ludwig Von Bertalanffy, *Teoría general de sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976; Lars Skyttner, *General Systems Theory: Ideas & Applications*, World Scientific, Londres, 2002.

Una reconstrucción de la historia verdaderamente universal requiere, en consecuencia, un ángulo de observación distinto del que ofrecen los actores unitarios del escenario internacional y la noción de sistema ofrece para ello grandes ventajas, puesto que, a partir de ella, se puede pensar en términos de la totalidad que representa el conjunto de los grupos humanos y su experiencia.¹⁸ Esto, desde luego, no resulta evidente de inmediato a los ojos de cualquier observador; antes al contrario, la aparente diversidad del género humano, así como las distintas y distantes zonas geográficas que habitan, dificultan pensar en la unidad subyacente a nuestra especie y su destino común, y orientan más bien a seguir el método tradicional de la ciencia clásica de fragmentar y subdividir para conocer.

Bajo un enfoque sistémico, en contraste, necesitamos pensar en los grupos humanos individuales siempre en función de su relación con “los otros”; esta es, de entrada, una perspectiva internacional, en el sentido más amplio del término. Considerados desde una perspectiva sistémica, estos grupos forman una entidad que representa algo más que la mera suma mecánica de las partes, es decir, mediante su interacción con otros, los grupos humanos individuales, crean una nueva dimensión de la realidad social que resulta un espacio cualitativamente distinto al del que cada uno de ellos tiene en su interior. Lo sugiere Ortega y Gasset de manera clara cuando escribe:

Esa “colectividad política internacional” no es fantasmagoría. Ninguna nación europea se ha desarrollado, ni ha conseguido llegar a su forma plenaria, si no es gracias a un fondo ultra o supranacional, que era precisamente la realidad total europea.¹⁹

En ese nuevo espacio social por supuesto se proyectan los hechos sociales básicos que se viven al interior de los grupos individuales y, por lo tanto, también ahí se viven problemas de organización del poder, distribución de la riqueza y desarrollo de la cultura, pero en ausencia de un poder hegemónico formal que determine el orden del sistema, es decir, los principios guía bajo los cuales opera; cada actor individual tiene que asumir la responsabilidad de su propio desempeño y de su supervivencia.

En este sentido, el concepto de sistema internacional me parece más conveniente que el de sociedad internacional, que fue empleado por algunos de los más destacados pioneros de nuestra disciplina, toda vez que no

¹⁸ José Ortega y Gasset, *Europa y la idea de nación*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

²⁰ A este respecto vale la pena consultar el interesante trabajo de Ian Clark, *Globalization and Fragmentation: International Relations in the Twentieth Century*, Oxford University Press, Oxford, 1997.

necesariamente lleva implícita la idea de “vida social institucionalizada” que el concepto de “sociedad” presupone. El sistema, en cambio, es siempre una función del modo específico de interacción entre las partes, el cual oscila entre los extremos del conflicto absoluto a la cooperación total.

De conformidad con las características propias de todo sistema vivo, estas entidades grupales, que ya podemos llamar sistemas internacionales, tienden a crecer y homogeneizarse, pero al mismo tiempo, y puesto que todo sistema es contradictorio en sí mismo, debido a que contiene en su interior fuerzas opuestas entre sí, el sistema vive, de manera simultánea, procesos de fragmentación y achicamiento.²⁰ Esto significa que el sistema se encuentra en un constante devenir o proceso de cambio, es decir, que continuamente está transitando de una fase a otra y que su situación en un momento dado se explica en función de cuáles de las fuerzas contradictorias que se combinan en él tienen el predominio en cada una de esas fases.

A través de diversos mecanismos, algunos de estos sistemas se fusionan con otros y, dependiendo de los elementos predominantes en la fusión, pueden alcanzar una proyección histórica de largo plazo al transformarse en sistemas mayores; otros, en cambio, pierden su identidad propia en favor de aquellos que poseen los elementos dominantes más sólidos y algunos más incluso se diluyen y desaparecen por completo del plano de la historia.

El planteamiento anterior sugiere que, en efecto, el análisis integral de las relaciones internacionales puede proyectar una sombra histórica larga, como admite, por ejemplo, Schwarzenberger, para quien:

la sociedad internacional es un producto de una evolución histórica que se ha prolongado durante muchos siglos. Han existido sociedades internacionales anteriormente, sobre cuyas ruinas se ha desarrollado la moderna sociedad internacional.²¹

Independientemente de que podamos discrepar con el autor sobre el uso del concepto de sistema para sustituir lo que él llama sociedad internacional, es claro que tenemos amplio acuerdo sobre el alcance del enfoque histórico para el estudio de las relaciones internacionales.

No obstante, debo enfatizar que la utilidad real de este enfoque sistémico con perfil histórico para el estudio ampliado de las relaciones internacionales no radica, como ya he dicho, en el manejo ágil y expedito del dato histórico concreto. El problema no está en saber quién fue el tercer faraón de la cuarta dinastía durante el Imperio Antiguo o cuándo reinó el sultán Mehmet II.

²¹Geord Schwarzenberger, *La política del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 5.

“Conocer” la historia en ese sentido puede representar, sin lugar a dudas, un buen ejercicio para la memoria, pero no nos garantiza, en forma alguna, un mejor entendimiento de la dinámica internacional.

El verdadero reto que representa el estudio histórico de las Relaciones Internacionales es el de la articulación de la idea de un sistema internacional (o de varios) como una totalidad integral, separada del enfoque lineal, progresivo, continuo, acumulativo y eurocéntrico que tradicionalmente ha fijado la atención en los procesos de construcción de las identidades de los actores individuales de los escenarios internacionales, como si ellos existieran y evolucionaran de manera autónoma y prácticamente aislada, sin tomar en cuenta de manera suficiente la interacción con otros actores del escenario internacional, y la nueva dimensión o espacio social que dicha interacción crea, como factor condicionante de esa identidad individual que cada uno de ellos desarrolla. En consecuencia, es conveniente abrir el panorama para el desarrollo de una visión sistémica, no lineal, ni progresiva, discontinua, no acumulativa y auténticamente universal de los actores internacionales.

Una visión de este tipo nos permitiría abordar el estudio de diversas civilizaciones desde la perspectiva de su integración respectiva como sistema internacional y la reconsideración de los actores individuales como actores intrínsecamente internacionales. De este modo, podríamos empezar por reconocer que ningún actor histórico individual se ha desarrollado “en el vacío”; todos son, por su propia naturaleza, actores internacionales en el sentido más amplio del término.

Además, nos veremos obligados a identificar diversas clases de sistemas internacionales, según el criterio de clasificación que hubiésemos elegido. Por ejemplo, desde la perspectiva del grado de centralización del poder en el sistema, podríamos considerar tres tipos básicos: 1) el sistema internacional laxo, en el cual los actores mantienen vínculos esporádicos y una independencia prácticamente total; 2) el sistema de tipo confederado, en el que, aún en ausencia de un poder central establecido, los actores mantienen vínculos más constantes y regulares así como compromisos con ciertos visos de formalidad, y 3) el sistema de tipo imperial, en el que alguna o varias potencias hegemónicas dan al sistema un carácter más homogéneo. Los pueblos chinos del periodo de los reinos combatientes ilustrarían el primer caso; las *polis* griegas del periodo clásico el segundo y la Roma imperial el tercero.